

 **Ministerio de Educación**
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



MINISTERIO DE
**EDUCACIÓN,
CIENCIA Y TECNOLOGÍA**
GOBIERNO DEL PUEBLO DE LA PROVINCIA DEL CHACO



**PLAN LECTURA
CHACO**
"Aulas y libros abiertos"



CHACO



LAS OREJAS DEL CONEJO

**GUSTAVO
ROLDÁN**

ILUSTRACIONES LUCIANO ACOSTA



**EN EL CHACO,
LEER ABRE LOS OJOS**

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN
Prof. Alberto Sileoni

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
Prof. María Inés Abrile de Vollmer

DIRECTORA DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA
Margarita Eggers Lan

COORDINACIÓN REGIÓN 4 (NEA)
Natalia Porta
plecturaporta@gmail.com

ARMADO DE COLECCIÓN
Selección: Mempo Giardinelli y Francisco Romero
Corrección de pruebas: Equipo Técnico Región 4
Vanina Bravo y Olga Dri
plecturaregion4@gmail.com

GOBERNADOR DE LA PCIA. DE CHACO
Cr. Jorge Milton Capitanich

MINISTRO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA DE LA PCIA. DE CHACO
Prof. Francisco Romero

SUBSECRETARÍA DE EDUCACIÓN
Prof. Norma Papinutti

DIRECTOR DE NIVELES Y MODALIDADES
Prof. Daniel Farías

REFERENTE PROVINCIAL PLAN LECTURA
Prof. Oscar Yaniselli

EQUIPO TÉCNICO PROVINCIAL
Olga Nacir
Nancy Torres
Carmen Insaurralde
Sofía Soto
Lucía Rivoira

“Las orejas del conejo” de Gustavo Roldán

En *Cuentos que sopla el viento* – Edit. El gato de hojalata. Abril del 2011

© Gustavo Roldán

Ilustraciones: Luciano Acosta

Diseño de colección: Plan Nacional de Lectura 2011



Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

GUSTAVO ROLDÁN

Nació en Fortín Lavalle, provincia del Chaco, en 1935. Es Licenciado en Letras Modernas y trabajó como periodista y docente. Escribió más de sesenta libros para chicos. Colaboró en las revistas infantiles Humi y Billiken. Es director de colecciones de libros para niñas y niños; coordinador de talleres literarios de escritura y reflexión; de talleres y encuentros con niños y niñas en escuelas y bibliotecas de todo el país. Recibió, entre otras distinciones, los premios Periquillo (México, 1979), Casa de las Américas (1989), Konex (1994), Fondo Nacional de las Artes (1995) y Pregonero de Honor a la trayectoria (2002).

PARA SEGUIR LEYENDO

Historia del pajarito remendado

El monte era una fiesta

Historias del piojo

La leyenda del bicho colorado

Cuentos que cuentan los indios

Sapo en Buenos Aires

Penas de Amor y de mar

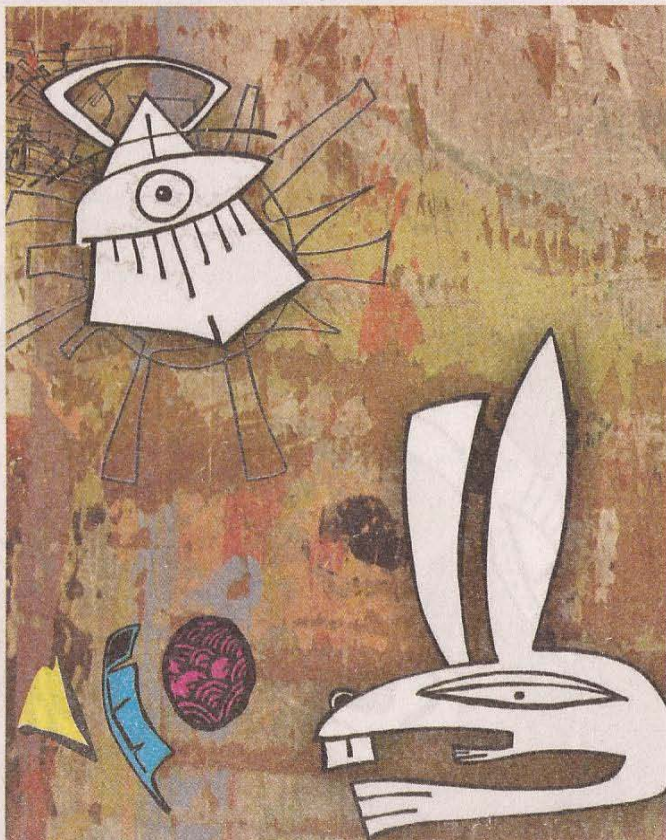
—¡Los tres trabajos terminados! —mostró con orgullo.
Y le entregó los pelos de la melena del león, la pluma del águila y el huevo de la víbora cascabel.

—Ajá —dijo el dios de los animales.

—¿Ahora voy a tener el tamaño del león, el rugido del jaguar y la fuerza del rinoceronte?

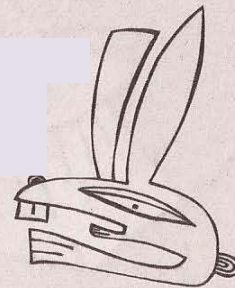
—Ni loco —dijo el dios de los animales—, si teniendo nada más que esas grandes orejas fuiste capaz de hacer todo esto, me parece que no te hace falta nada. Andá nomás conejo, y dejá de protestar, que todo está bien así como está.

• • •



LAS OREJAS DEL CONEJO

GUSTAVO ROLDÁN



*Un cuento que el
sapo trajo desde el África.*

Cuando el dios de los animales terminó su trabajo les preguntó a todos:

—¿Están contentos?

Y el león dijo:

—Estoy muy contento con esta enorme melena y las garras que me diste.

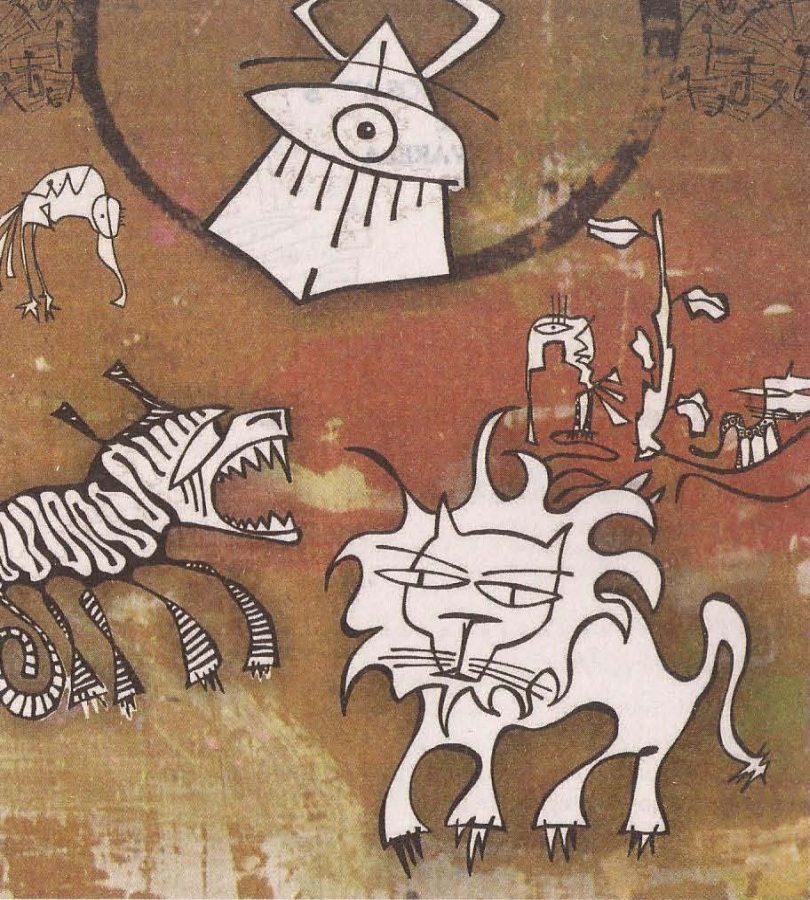
—Y yo me siento muy bien con mi poderoso rugido —rugió el tigre.

—Estoy feliz con estas alas que me hacen volar hasta el sol —dijo el águila.

—Me gusta mi canto a más no poder —cantó el tordo.

—A mí el color de mis plumas —dijo el faisán.

—Yo estoy contento con mis colmillos y mi fuerza —dijo el elefante.



–Nada mejor que esta joroba para vivir en el desierto, que es donde pienso vivir –dijo el camello.

–A mí me alegra la rapidez de mis patas –dijo la gacela–, así no habrá tigre que me alcance.

–Y a mí los cuernos poderosos.

–Y a mí las hermosas manchas de mi piel.

–Y a mí esta cola tan larga y elegante.

–Y a mí las plumas tornasoladas.

Así siguieron todos. Bueno, todos no.

Cuando llegó donde estaba la víbora saludó desde lejos, mostrando lo que traía.

–Esto es un mensaje del león y del águila –dijo acercándose y dejando en el suelo los pelos y la pluma–. Le mandan una señal de amistad, los mejores pelos de la melena del león y la pluma más hermosa del águila, y dicen que la están esperando por allá, al lado del árbol seco, porque tienen urgentes cosas que conversar con usted.

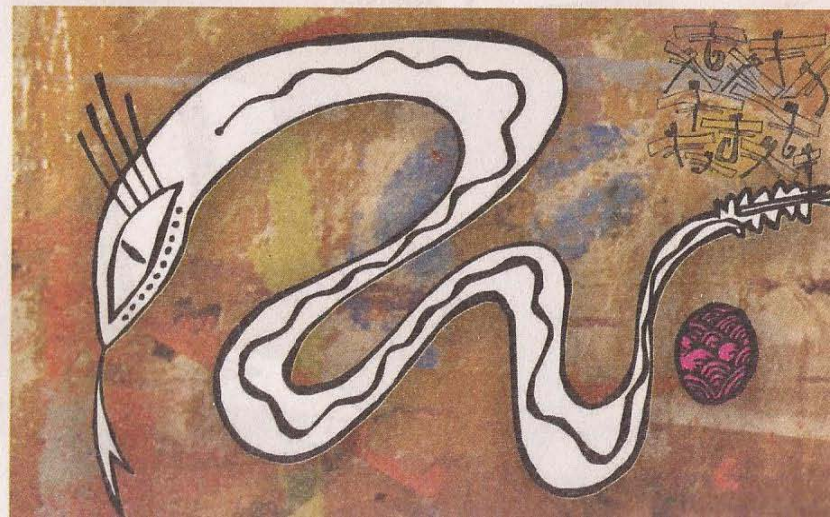
–¿Qué cosas, conejo?

–No me contaron nada. Solo me dieron esto como comprobante y me dijeron que era un secreto que solo debían saber ustedes tres, que eran los más poderosos. Y ya hace rato que la están esperando.

Y el conejo salió corriendo para el lado opuesto al árbol seco. Salió corriendo, pero apenas encontró unas matas se quedó esperando, mirando qué hacía la víbora.

La vio acomodar su nido y partir hacia el árbol seco. El conejo miró bien que estuviese lejos, y corrió, robó uno de los huevos del nido, y desapareció más ligero que nunca.

Después fue hasta el hueco del árbol donde había guardado los pelos y la pluma, y con los tres problemas resueltos corrió a verlo al dios de los animales.





Aquí la cosa era más complicada, porque no es lo mismo conseguir unos pelos o un par de plumas que un huevo de la víbora cascabel.

El conejo miró para arriba y miró para abajo, y al final se le ocurrió una idea. Escondió en un tronco hueco un puñadito de pelos del león y una de las plumas del águila. Con los pelos restantes y con la otra pluma siguió corriendo.



El conejo, con sus largas orejas, escuchaba lo que iba diciendo cada uno de los animales, y cada vez estaba menos conforme con lo que le había tocado en suerte.

Entonces protestó:

—Mire, don dios, usted les dio a los otros las mejores cosas. A mí me hizo chiquito, sin garras, ni melena, ni alas, ni fuerza, ni rugido. Apenas si me dio estas enormes orejas. ¿No le parece que fue injusto conmigo?

—¿Te parece, conejo?

—Estoy seguro. Cualquiera tiene más que yo. Me gustaría ser como el león, o tener la fuerza del rinoceronte, o las alas del águila, o el rugido y las garras del jaguar.

—Vamos a ver qué se puede hacer. Antes que nada vas a tener que cumplir tres trabajos, y después conversamos.

—Diga nomás, que ya comienzo.

—Quiero que me traigas una pluma del águila, un huevo de una víbora cascabel y un puñado de pelos de la melena del león. Entonces veremos.

—Voy corriendo —gritó el conejo, y apenas se escuchó el final de sus palabras porque ya estaba muy lejos.

Corrió y corrió. Hasta que encontró al león. El león rugía de una manera que asustaba, y el conejo se quedó mirándolo desde lejos.





–A la flauta –dijo–, esto no parece fácil. Pero alguna manera tiene que haber.

Entonces se le ocurrió una idea.

–Buenas, don león –saludó amablemente–, vengo con un pedido del águila, que es una gran admiradora de su fuerza. Dice que le encantaría tener un mechón de su melena para llevarlo a volar hasta el sol.

Al león le gustó la idea de que algo suyo volara hasta el sol, porque entonces podría sentir que él también volaba. Se arrancó un puñado de los más hermosos pelos de la melena y se los dio al conejo.

–Y decíle que yo me muero de envidia por su vuelo tan alto.

El conejo apretó el mechón y corrió y corrió. Y subió a la montaña donde vivía el águila.

Cuando estuvo cerca y vio el enorme pico curvo y las poderosas garras, las patas le empezaron a temblar. Pero se dio ánimo pensando que él también se volvería poderoso.

–Buenas, buenas –saludó poniendo voz de no tener miedo–, le traigo un mensaje del león.

–Ajá –dijo el águila mirándolo con sus enormes ojos redondos–, ¿qué mensaje?

–Aquí le manda un recuerdo –y tomando la mitad de los pelos del león se los entregó al águila–. Lo arrancó de su melena, que es lo que él más aprecia en el mundo, y dice que nada lo haría más feliz que tener dos plumas de sus alas.

–¿Eso dijo el león?

–Sí, y después dijo que si tuviera esas dos plumas él sentiría que es un poco como si pudiera volar.

El águila no dudó ni un segundo. Se arrancó con el pico las dos plumas más hermosas y se las dio al conejo.

–Y dale mis saludos –apenas alcanzó a decir, porque ya el conejo corría y corría hasta desaparecer en la distancia.

Y el conejo corrió y corrió. Bajó de la montaña y se fue hacia donde vivía la víbora cascabel.

En la mitad del camino se paró.

